

La contienda por el Tíbet

DOI: 10.32870/mycp.v12i34.320

*Roberto Hernández Hernández**

Introducción

El 10 de marzo de 2008 marca el inicio de una serie de movimientos sociales violentos encabezados por monjes budistas fieles al Dalai Lama, en contra de las autoridades tibetanas identificadas con el gobierno central y de comerciantes no tibetanos de la ciudad de Lhasa. No es casual que estos hechos se hayan registrado 14 días antes del encendido de la antorcha olímpica y en conmemoración del cuadragésimo noveno aniversario de la huida del Dalai Lama y sus seguidores hacia el norte de la India.¹ Como era de esperarse, las manifestaciones de violencia y su consiguiente represión ocuparon los titulares de los principales medios de información a nivel mundial y originaron opiniones diversas y controvertidas de actores importantes de la política internacional.

Un año después, cuando se conmemora el quincuagésimo aniversario del levantamiento en el Tíbet, la región vive una tensa calma. Las razones son, evidentemente, que ahora existe un mayor control de la fuerza pública y que, a diferencia de hace un año cuando estaban a punto de llevarse a cabo las olimpiadas en Beijing, la atención internacional ya no está en China sino en la crisis económica mundial. Por otra parte, las pláticas entre las partes en

* Profesor-investigador del Departamento de Estudios del Pacífico, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara ORCID <http://orcid.org/0000-0002-9145-5865>

1. El 10 de marzo de 2008 la policía detuvo a 60 monjes del monasterio de Drepung que conmemoraban el 49 aniversario de la fracasada revuelta de 1959. Al día siguiente 600 monjes se manifestaron frente a la sede de la policía en Lhasa para exigir la liberación de los detenidos. A partir de ese momento se extendieron las protestas, en las cuales los manifestantes quemaron tiendas, autos y propiedades de los Han. El gobierno local del Tíbet respondió reprimiendo a los manifestantes y realizando numerosas detenciones. A este conflicto, que se ha pretendido presentar como un problema cultural y religioso, hay que agregarle los siguientes elementos: la situación social en el Tíbet, las relaciones de poder entre Tíbet y el gobierno central de China, y el contexto internacional.

conflicto siguen avanzando, aunque con muchos altibajos. En este cincuentenario algunas agencias internacionales han dado cuenta de los reclamos tradicionales de la oposición tibetana en el exterior. Por su parte, las autoridades chinas han instituido el “día de la liberación de los siervos”.

Yendo más a fondo en el conflicto del Tíbet, nos preguntamos sobre los temas centrales que impiden resolver el “problema” de esta región. ¿Cuáles son las contradicciones principales? ¿Quiénes son los actores con la capacidad y el poder para resolverlas?, y ¿Cuál es la importancia estratégica de esta región? En la cuestión del Tíbet (que frecuentemente se presenta sólo como

un problema cultural y religioso) confluyen varios aspectos de fondo que es necesario conocer y tomar en cuenta para entender su situación actual. En primer término hay que considerar los antecedentes históricos de la región y su contexto internacional, así como las relaciones de poder en el Tíbet, y entre éste y el gobierno central de China. Y aun con el conocimiento y el análisis de estos factores, apenas se vislumbra una posible solución

La diversidad de intereses y la falta de voluntad política de los actores proporcionan un alto grado de incertidumbre de cómo y cuándo el Tíbet logrará la concordia y la tolerancia

al problema de la gobernanza en el Tíbet. La diversidad de intereses y la falta de voluntad política de los actores proporcionan un alto grado de incertidumbre de cómo y cuándo el Tíbet logrará la concordia y la tolerancia necesarias para que las diferencias culturales (incluyendo las religiosas) sean canalizadas de manera funcional en favor del desarrollo económico y social de la región y del país en su conjunto.

El trasfondo explicativo de este trabajo se integra con las perspectivas teóricas de las relaciones internacionales. En este sentido, implícita y explícitamente están presentes los planteamientos de paradigmas como el realismo-neorrealismo, behaviorismo y constructivismo, sin prescindir de los planteamientos teóricos del idealismo-liberalismo que sustentan las propuestas escatológicas del diseño de un mundo mejor. Por su parte, la teoría de la elección pública, desarrollada en el contexto de la economía política, considera la conducta de los dirigentes tanto en su calidad de individuos como en la de integrantes de grupos políticos que ejercen el poder dentro del

contexto institucional con alcances nacional e internacional. Así, al tomar en cuenta a las instituciones a la par de otras propuestas teóricas, se elimina la presunción implícita de verlas (a las instituciones) como entes en abstracto, provistas de dinámicas y voluntad propias. Por el contrario, se toman en cuenta como entidades que surgen y son desarrolladas por individuos (con nombre y apellido) y por grupos políticos y económicos con valores, ideología e intereses particulares inherentes a su condición social.

Asimismo, para comprender de mejor manera el desarrollo histórico y la situación actual en el Tíbet, es necesario tomar en cuenta algunos elementos básicos de la geopolítica. Ésta, en sus aspectos más generales se refiere a la correlación entre geografía y poder, así como a la capacidad que tiene un Estado de influir sobre un determinado territorio (o controlarlo), dada su importancia estratégica (Dougherty y Pfaltzgraff, 1993: 69).

En la propuesta teórica del realismo en las relaciones internacionales se sostiene que a menudo la ubicación geográfica de los Estados condiciona, si es que no determina, su comportamiento político. Como consecuencia, la tarea de los hombres de Estado es trabajar dentro de los parámetros establecidos por su entorno (Dougherty y Pfaltzgraff, 1993: 66). En este contexto hay que ver al Tíbet como una región amortiguadora (*buffer region*) de un gran valor estratégico, un espacio interno en las fronteras de China, necesario tanto para contener las presiones externas como para servir de punta de lanza en la geopolítica regional y global. Para China, el Tíbet ha cumplido durante varios siglos una función, ya sea como aliado, como protectorado o como parte integrante (e “inalienable”) del país. Ahora es más evidente el valor estratégico del Tíbet, para un de país como China que transita de una potencia regional a una global.²

Varios autores, al tomar como punto focal de su análisis el poder nacional y el control del territorio, o sea la geopolítica, deducen que aquellas entidades políticas más capaces de proyectar sus capacidad a través de grandes distancias constituyen los Estados dominantes en cualquier momento en la historia del sistema internacional (Dougherty y Pfaltzgraff, 1993: 66). Por su parte, el constructivismo aplicado a las relaciones internacionales explica

2. Para un análisis más detallado de la importancia estratégica de regiones como el Tíbet desde la perspectiva geopolítica, véase la obra de Brzezinski (1998), particularmente de la página 163 a la 177, así como los trabajos de Klare T. Michael, en especial “Containing China: The US’s real objective”, *Asia Times Online* (2006) (www.atimes.com/atimes/China/HD20Ad01.html).

la manera como un nación construye su identidad nacional con base en sus condiciones objetivas internas y las correlaciones materiales e intersubjetivas con el entorno internacional.

Tanto el neorrealismo como el constructivismo consideran la importancia de la cultura en la lucha por el poder (*soft power*). En este campo la ideología (incluidos los valores religiosos) y los medios de comunicación desempeñan un papel de gran importancia. En el caso del Tíbet, tanto las fuerzas autonomistas e independentistas del Tíbet como el gobierno central de China, están haciendo uso de estos recursos, sobre todo a través de la propaganda.

En mis cursos de teoría de las relaciones internacionales y de gobierno y política exterior de China y Japón, frecuentemente surge el tema del Tíbet. Espero que este artículo contribuya a resolver algunas de las dudas ahí planteadas. Asimismo, el contextualizar con el caso del Tíbet el tema general de las relaciones entre el Estado y la estructura eclesiástica (en una circunstancia —temporal, geográfica y temática— tan alejada y, al mismo tiempo, tan cercana nuestra) nos permite señalar que en algunos países o regiones el establecimiento de un Estado laico regido por la separación de la Iglesia y el Estado sigue siendo una asignatura pendiente aún en el siglo XXI. Por ello, el tema obliga a analizar científicamente la lucha por el restablecimiento de un gobierno teocrático, al considerar el caso de una clase sacerdotal que demanda no sólo espacios de libertad religiosa sino el poder político y administrativo de una región.

Datos básicos del Tíbet



Cuadro 1
Región Autónoma del Tíbet

<i>Capital</i>	Lhasa
<i>Idiomas oficiales</i>	Tibetano, mandarín
<i>Minoría reconocida</i>	Tibetanos
<i>Secretario Comité PCC</i>	Zhang Qingli
<i>Director</i>	Qiangba Puncog
<i>Área</i>	1'228,400 km ² (2 ^a)
<i>Población (2004)</i>	2'740,000 (31 ^a)
<i>- Densidad</i>	2.2 h/km ² (31a)
<i>PIB (2006)</i>	29,010 millones CNY (31 ^a)
<i>PIB per cápita</i>	10,322 CNY (26a)
<i>Nacionalidades</i>	92.8% tibetanos 6.1% han 0.3% hui 0.3% monpa 0.2% otros
<i>Prefecturas</i>	7
<i>Condados</i>	73
<i>Municipios</i>	692

Fuente: <http://www.xizang.gov.cn/>.

Breve historia de un largo proceso por el control del Tíbet³

La interpretación de la historia y de los sucesos cotidianos del Tíbet se presenta en dos versiones totalmente diferentes, producto de los intereses políticos en pugna, representados por una parte en los dirigentes del gobierno central de China y las autoridades del Tíbet, y por otra en el “gobierno en el exilio” encabezado por el Dalai Lama, así como por los grupos y asociaciones independentistas con ramificaciones a lo largo del mundo. Como lo afirma Bristow (2009): “Pocas veces han existido dos versiones tan diferentes de un mismo hecho histórico”.

En este artículo no se pretende analizar en detalle las versiones de las partes en conflicto, frecuentemente cargadas de cifras y afirmaciones desmesuradas; es más bien el producto de un esfuerzo por utilizar las fuentes de información

3. Para esta síntesis histórica se consultaron las obras de los siguientes autores: anónimo (2006), Fairbank (1986, 2003), Ceinos (2006), Sperling (2004), Goldstein y Rimpoche (1991), Palace (2005), Wikipedia (s/f). Las fichas completas aparecen en las referencias bibliográficas ubicadas al final de este artículo.

y análisis más imparciales para abordar los hechos históricos sobre bases académicas que nos permitan obtener una explicación de las circunstancias actuales del Tíbet. Se parte del supuesto de que la historia por sí misma no proporciona los elementos centrales para dirimir una controversia nacional e internacional, ya que el problema de fondo radica en la política (el ejercicio del poder) y su correlación con el derecho internacional, a través del cual se reconoce y valida la soberanía de una nación. No obstante, es necesario acudir a la historia para comprender a cabalidad la situación actual del Tíbet.

Según los restos arqueológicos encontrados en el Tíbet, se supone que los primeros habitantes en la región aparecieron alrededor del año 10,000 antes de nuestra era. Sin embargo, debido al carácter nómada de las tribus tibetanas, fue hasta hace aproximadamente 2,300 años cuando empezaron a tener una clara presencia en la historia de Asia. Es en este momento histórico cuando aparece el rey Nyakhri Tsampo, que instaura una dinastía militar la cual se expande por la altiplanicie tibetana entre los reinos de China, India, Nepal, Birmania y Bután. Esto es, los actuales tibetanos ocuparon la región y se convirtieron en el grupo dominante mucho antes de la llegada del budismo en el siglo tercero de nuestra era. El budismo traído de la India se fusionó con la tradición religiosa nativa Bod para desarrollar la forma específica de budismo tántrico dirigido por lamas o monjes líderes sagrados.

El registro histórico del primer Estado tibetano (Bod para los tibetanos y Tufan para los chinos) se inició en el siglo séptimo, con la formación de un reino unificado bajo Songtsen Gampo (quien reinó de 618 a 641). Gampo, continuando con la política de alianzas iniciada por su padre, Namri Lutsam, consiguió unificar en torno a él a todos los príncipes tibetanos. Una vez conseguida la unidad, se dedicó a establecer las bases de un Estado, propició el diseño de una escritura propia a partir del sánscrito, estableció leyes escritas y una administración que abarcó a todo el país.

Songtsen Gampo estableció en Lhasa la capital del reino del Tíbet; internamente apoyó y se apoyó en el budismo y los monjes budistas para conformar y consolidar el Estado. Regionalmente logró un balance de poder estable con los grandes poderes regionales a través del matrimonio con dos princesas: Wen Cheng de China y Tritsun de Nepal. Con la princesa Wen Cheng y su séquito, fue que llegaron al Tíbet el budismo y otras manifestaciones de la cultura china, como el papel, la seda y el té.

Los sucesores de Gampo continuaron apoyando al budismo. Así, el rey Trisong Detsen erigió, en el año 779, el primer monasterio budista en el Tíbet

e invitó al gran maestro hindú Padmasambhava a impartir sus enseñanzas. El budismo se estableció como la religión de Estado. El propio rey promovió el budismo eliminando a los ministros opuestos a esta religión. Pronto aumentó el número de monasterios, a los que se entregaron tierras y se mantuvieron con impuestos recaudados entre la población. Simultáneamente a la introducción y difusión del budismo, con Trisung Detsan (755-797) el Tíbet alcanza su mayor expansión territorial.

En esta fase expansionista de su historia los intereses del Tíbet se focalizaron hacia el Norte (donde el control comercial de la Ruta de la Seda prometía una gran riqueza), así como hacia el Este por ser más accesible. De este modo, los ejércitos tibetanos avanzaron hasta Yunnan y Sichuan y ocuparon Kashgar (Kashi, en Xinjiang).

A mediados del siglo octavo, ante la declinación del poder de la dinastía Tang de China, los tibetanos lucharon por el control de la “Ruta de la Seda”, tanto contra los chinos y los Turcic (Uygur), que venían incrementando su poder dentro de la región, como contra el poder árabe en el norte. Hacia finales de ese siglo, con la eliminación del poder chino en Asia central, los tibetanos ocuparon la parte final de la Ruta de la Seda en Dunhuang (el noroeste de la actual provincia de Gansu). Más aún, en el año 763 penetraron hasta la capital imperial de China en Changan (la actual Xian, en Shaanxi) y saquearon la ciudad, aunque pronto se retiraron.

Después de Trisong Detsen, el budismo continuó propagándose a lo largo del reino del Tíbet. Su hijo y sucesor, Ralpachen, un fervoroso budista, continuó la construcción de monasterios y la traducción de obras budistas. Ordenó, además, que cada siete familias mantuvieran un monje, consolidando aún más los numerosos privilegios de que ya gozaban los budistas. Como cada monasterio tenía en propiedad importantes cantidades de tierras, pronto los sacerdotes de la religión tradicional Bon, marginados y perseguidos, hicieron frente común con los príncipes tibetanos, cuyas tierras venían siendo acaparadas por los monasterios budistas.

En el año 841 un monje Bon asesinó a Ralpachen; en su lugar se instaló a Lang Darma, quien apoyó al culto Bon en contra del budismo, provocando con ello una severa persecución en contra de los budistas. Lang Darma, a su vez, fue asesinado en 842 por un budista, lo cual trajo consigo el colapso de la dinastía Yarlong y un periodo de desintegración del Estado en principados de carácter feudal por los siguientes 400 años. Fue en ese periodo (a partir del siglo noveno) que, como consecuencia de la desintegración del poder central,

las grandes órdenes monásticas crecieron aún más en influencia, poder y riqueza, hasta rivalizar con los poderes seculares de los principados feudales.

Mientras en China la dinastía Song alcanza el esplendor del gobierno civil, en Tíbet se da un renacimiento del budismo. Fue en Guge, una fortaleza inexpugnable situada al oeste del Tíbet, donde sobrevivió el budismo apoyado por la realeza local. El principal diseminador de la religión fue el monje Atisha, quien a partir de 1042 reinició la fundación de nuevos monasterios en el centro del Tíbet y de nuevo concentró en torno a éstos una creciente cantidad de territorio y poder. Sin embargo, de manera simultánea el budismo fue dividiéndose en varias escuelas y subescuelas,⁴ las cuales al rivalizar por el control buscaron el patrocinio en los reinos beligerantes.

Durante el siglo XII el imperio mongol fue tomando el control de Asia, llegando a extender su poder hasta el centro de China. Para ello eliminó la dinastía Song (960-1279) y fundó la dinastía Yuan (1271-1368). En el contexto de las conquistas de los mongoles sobre Asia, el emperador mongol negoció con un erudito de la escuela Sakya y le apoyó para convertirse en gobernante del Tíbet. En la visita al Kublai Khan en 1247, Phagspa pactó el respaldo mongol, pero el Kublai Khan, que se había convertido al budismo tibetano, se adjudicó el título y la función de “sacerdote-protector”, relación que caracterizó a partir de entonces las relaciones de los mongoles (y por extensión de los chinos) con los tibetanos. De este modo la teocracia budista aseguró la preponderancia de la escuela Sakya en el Tíbet pero compartió el poder con el emperador de China (de origen mongol en ese momento histórico).

En torno a la escuela Sakya, el Kublai Khan organizó un sistema administrativo que unificó de nuevo al Tíbet bajo una cabeza política (*peuntchen*) dependiente del preceptor imperial, y 13 unidades administrativas a cargo de otros tantos príncipes. Sin embargo, las otras escuelas lamaístas no reconocieron la preeminencia de la escuela Sakya, cuya ascensión, ligada al poder mongol, le seguirá también en su decadencia junto con la de los mongoles. Ésta se inicia tras la muerte de Kublai, su protector, de tal forma que antes

4. Entre las escuelas religiosas se cuentan la Kardam, establecida por los discípulos de Atisha; la Nyungma o escuela antigua, establecida por Soiboche en el monasterio Wobalhumg; la Sakya o de la tierra gris, establecida por Kun Gobgar Gyibo en torno al monasterio de Sakya; la Kagyu o de la transmisión oral, a la que perteneció el famoso monje Milarepa, y la Gelug. Esta última, además de la Nyingma y Kagyu, son conocidas como las de los gorros rojos. Véase Ceinos, 2006: 200 y 201.

de la caída de la dinastía Yuan en China, los Sakya ya habían perdido el poder en la meseta tibetana.

No obstante la lucha entre las escuelas budistas por el poder durante el siglo XIII, éstas lograron consolidar su autoridad, tanto civil como religiosa sobre los tibetanos. Las rivalidades más notorias se dieron entre las órdenes Sakya y Kagya, y entre la Geluk (de los gorros amarillos) y la Karma (de los gorros rojos), que es la escuela más importante de la escuela Kagya. Las contradicciones también tuvieron un carácter territorial; se presentaron entre las antiguas regiones de U (con base en Lhasa) y Tsang (con base en Shigatse-Xigaze).

En el centro político de China, en 1368 la dinastía Yuan de los mongoles fue sustituida por la dinastía Ming (1368-1644). En este nuevo contexto político los lamas tibetanos se ajustan a las nuevas circunstancias; fueron convocados a la corte imperial para recibir los títulos y nombramientos. Así, la escuela Geluk (de los gorros amarillos) mantuvo su predominio a lo largo del tiempo sobre el resto de las corrientes lamaístas, al grado de ser apoyada a partir del siglo XV tanto por la dinastía Ming como por una tribu mongol dominante de la región.

Fue en este momento histórico (1587) cuando el protector político de Tíbet otorgó al líder de la Galuk el título de Dalai Lama (“océano de sabiduría”). En 1642 el quinto Dalai Lama, recurriendo al principio de “sacerdote protector”, apeló también al Khoshote (Kichot) khanate de la principal tribu mongol occidental para un apoyo final en contra de la escuela Karma. Gusri Khan invadió y estableció la supremacía de los Dalai Lama, pero tomó para sí un título real, así como el papel de protector del Tíbet.

Al caer la dinastía Ming y ser sustituida por la dinastía Qing de origen Manchú (1644-1911), el quinto Dalai Lama fue llamado en 1652 a Beijing. Al siguiente año fue reconferido con el título de Dalai Lama y líder religioso del budismo tibetano por el emperador Shunzhi. En 1654 el quinto Dalai Lama renovó el Palacio Potala y lo convirtió en sede del gobierno del Tíbet, además de monasterio. En 1682, a la muerte del quinto Dalai Lama, surgió una fuerte controversia en torno a la identificación del sexto Dalai Lama. En 1709 el emperador Kang Xi de la dinastía Qing envió a su delegado al Tíbet para ayudar al magistrado local Lhabzang Khan, nieto de Gushri Khan en la confirmación del sexto Dalai Lama.

En 1717 los mongoles de Dzungar atacaron el Tíbet por divergencias sobre acuerdos anteriores establecidos con los tibetanos. Los mongoles provocaron

la muerte de Lhabzang Khan, saquearon los monasterios y depusieron al sexto Dalai Lama. Para resolver este conflicto en 1720 la dinastía Qing envió tropas al Tíbet en respaldo del recién instalado séptimo Dalai Lama, y convirtió al Tíbet en protectorado (*suzerainty*). Después de una serie de reformas, la autoridad administrativa local recayó tanto en el Dalai Lama como en el representante oficial del imperio chino en el Tíbet.

En 1723 el emperador Qianlong designó por primera vez a un gobernador (*amban*)⁵ y lo envió a Lhasa. Aunque el *amban* no disfrutaba de una autoridad formal, su influencia fue profunda, particularmente durante las prolongadas regencias de los Dalai Lama jóvenes, designados a muy temprana edad. En 1751 el título del rey del Tíbet fue formalmente abolido ante la falta de una función real o simbólica. Fue también en este mismo periodo histórico (1713) que el Panchen Lama fue conferido con el título de Panchen Erdeni por parte de la dinastía Qing. Asimismo, para evitar la controversia sobre la identificación de los altos lamas, en 1793 se instauró en el Tíbet un proceso de sorteo avalado por el gobierno central de China.

El colonialismo moderno a gran escala se presentó en el siglo XIX con la expansión económica y militar de Europa sobre casi todo el mundo, siendo así como Asia fue repartida entre las grandes potencias de la época. En China, la dinastía Qing no tuvo la fuerza ni la habilidad para hacer frente a esta nueva tendencia colonial. La derrota de China en dos guerras forzó al gobierno a tolerar el comercio del opio y a firmar tratados desiguales por medio de los cuales abrió varios puertos al comercio exterior en términos de un intercambio desigual y cedió Hong Kong a Gran Bretaña y Macao a Portugal. Esta humillación por parte de las potencias extranjeras contribuyó a la rebelión Taiping (1850-1864), a la rebelión Boxer (1899-1901) y a la caída de la dinastía Qing en 1911.

Las concesiones arrancadas a China representaron para los occidentales grandes facilidades para sus actividades de penetración, como los atentados con-

5. El *amban* era el representante de los Qing de China, quien vivía en el territorio de un estado tributario o dependiente. En 1793 el emperador Qianlong cambió el procedimiento para seleccionar al Dalai Lama, y los tibetanos persuadieron al *amban* de que ellos habían cumplido. En 1904, cuando los británicos trataron de forzar al Tíbet a firmar un acuerdo comercial, el *amban* manifestó que él no tenía el poder para negociar por los tibetanos, una confesión que planteó la cuestión del grado de control que China ejercía sobre el Tíbet. El papel y la autoridad de los *ambans* continúan siendo debatidos por el gobierno chino y los tibetanos que pretenden la independencia del Tíbet en un intento por apoyar sus respectivos reclamos sobre el estatus del Tíbet (*Britannia Concise Encyclopedia*).

tra la soberanía china (Zorgbibe, 1997: 142-159). De esta forma, para finales del siglo XIX y principios del XX la situación de ingobernabilidad de la dinastía Qing —motivada por los levantamientos internos, las intervenciones extranjeras y la incapacidad política del régimen— había alcanzado niveles catastróficos.

En relación con el Tíbet, la debilidad interna de China y la presión externa sobre el gobierno y la sociedad, creó las condiciones para que en 1904 una fuerza británica invadiera Lhasa y se mantuviera ahí durante 50 días. El decimotercer Dalai Lama huyó a Qinghai. El título de decimotercer Dalai Lama que había sido retirado por la dinastía Qing en 1910, fue restaurado por la República de China en 1912. Más tarde, el decimotercer Dalai Lama regresó a Lhasa. En 1923 se produjo una disputa entre el decimotercer Dalai Lama y el noveno Panchen Lama. El Panchen Lama huyó a Qinghai y murió allí en 1937. El gobierno chino aprobó la identificación de las reencarnaciones del decimocuarto Dalai Lama y del décimo Panchen Lama en 1940 y 1949, respectivamente.

Aunque desde el siglo XIX el poder de los Qing había disminuido, China reaccionó contundentemente a los intentos británicos de controlar el Tíbet a principios del siglo XX. El protectorado (*suzerainty*) del Tíbet se había mantenido sin cambios hasta esa fecha, o ciertamente no había sido rechazado por los poderes europeos, por lo que la corte imperial resolvió convertir el protectorado en soberanía. Esto pudo resolver la ambigüedad de una presencia tibetana más amplia en el suroeste que era conveniente para las fronteras provinciales de China. Eventualmente tropas bajo Zhao Erfeng fueron enviadas a aplastar a los tibetanos disidentes en la región oriental de Sichuan (provincia que había absorbido gran parte de la zona oriental de la provincia tibetana de Kham) y de la región noroeste de Yunnan en 1905. Zhao fue designado residente imperial en Lhasa en 1908 y su hermano fue convertido en gobernador de Sichuan.

Sin embargo, los intentos posteriores de consolidar la autoridad china en el Tíbet terminaron con la caída de la dinastía Qing en 1911 (Zhao mismo fue asesinado por los revolucionarios). Años después, las facciones de los “señores de la guerra” en Sichuan llegaron a argumentar que no había una clara atención sobre la influencia del gobierno central en el Tíbet, actitud muy común de los jefes militares regionales en casi todo el territorio de China en esta etapa de disgregación en el control político. Sin embargo, el Guomintang (Partido Nacionalista de China) llegó a tener suficiente autoridad en el suroeste como para forzar la creación de una nueva provincia, Xigang (Sikang), en la región occidental de Sichuan y oriental del Tíbet a finales de los años treinta.

En esta etapa histórica de desorden social, político y económico de China, el Tíbet intentó la independencia apoyado por Gran Bretaña, quien pretendía desmembrarlo de China. En la conferencia de Simla, ciudad de India (1913-1914), Gran Bretaña junto con individuos pro británicos intentaron separar al Tíbet de China. La creación de la “Línea McMahon”, negociada entre tibetanos y británicos, era uno de los mecanismos a través de los cuales se pretendía cumplir con este objetivo. Los representantes chinos a la conferencia rechazaron el reconocimiento de la “Línea McMahon” sobre la base de que el Tíbet era parte integrante de China, no obstante sus problemas internos.⁶

Por esta misma época el gobierno chino de Yuan Shikai se había visto obligado a aceptar un documento conocido como de las “Veintiuna Reclamaciones” mediante el cual Japón convertía a China prácticamente en una colonia japonesa. La oposición más fuerte a este protocolo paradójicamente vino de las potencias extranjeras (en especial de Estados Unidos), que no estaban dispuestas a perder las ventajas ya adquiridas en territorio chino.

En China, la falta de capacidad de los dirigentes imperiales les impidió realizar los cambios necesarios para enfrentar los retos de los nuevos tiempos. La república, establecida en 1911, que sustituyó a la última dinastía, tampoco contó con la fuerza necesaria para unificar a China y hacer frente a las amenazas extranjeras. Como resultado, China perdió el control real de varias regiones fronterizas como el Tíbet, Manchuria y Mongolia. Inclusive perdió la soberanía sobre varias zonas del centro del país (*heartland*) al ser ocupadas por algunas de las grandes potencias de la época. Japón, por ejemplo, invadió Manchuria y buena parte del centro político y económico de China.

Esta situación de desorden interno y de carencia de soberanía nacional se resolvió con el establecimiento de la República Popular China en 1949, después de una cruenta guerra civil de tres años en la que se enfrentaron el Partido Comunista de China que dirigía Mao Zedong y el Guomintang (Partido Nacionalista) encabezado por Jiang Jieshi (Chiang Kaichek). El Partido Comunista, al resultar victorioso de la guerra civil en China en 1949, volvió sobre la definición de sus fronteras históricas. Mientras un país socialista independiente (Mongolia Exterior) podía ser tolerado (por lo demás en una región dominada por otro aliado, la URSS), la presencia de una teocracia feudal

6. Cabe recordar que la estrategia de crear independencias ficticias, para posteriormente anexas o colonizar una región, fue práctica común de las grandes potencias expansionistas. Los ejemplos, por obvios, son innecesarios.

basada en la servidumbre, con pocas credenciales democráticas, con una ubicación estratégica, en un territorio considerado esfera de influencia china por mucho tiempo, no podía serlo. El 7 de octubre de 1950 los chinos ocuparon el Tíbet, con la formal anexión anunciada el 23 de mayo de 1951.

En 1955 la entonces región de Xigang fue de nuevo dividida en Sichuan y Tíbet. Sin embargo, el resentimiento de los chinos y el temor por la seguridad del Dalai Lama, aún nominalmente “jefe de Estado”, provocó intranquilidad y descontento social en Lhasa. La derrota de la rebelión, que parece haber comenzado a mediados de los años cincuenta y que para 1959 se había expandido a toda la región, terminó en un fracaso. El intento de recuperar el poder político por medio de la fuerza, dio lugar a que el Dalai Lama huyera del Tíbet en marzo de 1959, seguido por 80,000 tibetanos, para refugiarse en la India.

La decisión de la India de otorgar asilo al Dalai Lama (donde aún se mantiene) contribuyó a la serie de disputas fronterizas e incursiones por parte del ejército chino a lo largo de la frontera común desde el entrado 1959 hasta principios de 1960. Mientras tanto, en el Tíbet el Panchen Lama (tradicionalmente con base en Shigatse) sucedió al Dalai Lama como “jefe de Estado” hasta la creación de la región autónoma de Xizang (Tíbet) en septiembre de 1965. La oposición continúa (aunque la insurrección armada terminó a mediados de los años setenta) no obstante la gran cantidad de inversiones por parte del gobierno chino en la región. Un sentido de opresión tuvieron muchos tibetanos durante la etapa extremista de la Revolución Cultural de 1966-1976, la cual realizó grandes daños a los monumentos e instituciones tibetanas, sin ninguna compensación ni beneficio social, educativo o reforma económica.

El creciente perfil en los países occidentales del Dalai Lama desde finales del siglo XX ha traído una gran atención popular, aunque no gubernamental, a la causa separatista del Tíbet. Un arreglo entre el gobierno chino y el Dalai Lama ha parecido ocasionalmente posible, en particular después del último anuncio en que él plantea sólo la autonomía para el Tíbet dentro de China. Otro punto de conflicto que ha complicado el diálogo entre los seguidores del Dalai Lama y las autoridades de Beijing ha sido el reconocimiento de las reencarnaciones de los líderes budistas como el Panchen Lama⁷ y el Karmapa.

7. El Panchen Lama es la segunda autoridad religiosa más importante en el Tíbet, al ser el segundo más importante de la escuela Gelug. El título de Panchen Lama (que significa “gran sabio”) lo otorgó por primera vez el quinto Dalai Lama, Lobsang Gyatso, al abad del monasterio Tashilhunpo Lobsang, Chökyi Gyalsten (1570-1662), a quien reconoció como su tutor. El Panchen Lama es considerado una emanación del Buda de la luz infinita, Amitabha. Lobsang

La disputa sobre la reencarnación del X Panchen Lama, Lobsang Trinley Lhündrub Chökyi Gyaltsen, se debe a que en 1995 el actual Dalai Lama anunció el encuentro de la reencarnación del X Panchen Lama en un niño nacido en 1989, quien fue llamado Gendun Chökyi Nyima.

Por su parte, el gobierno de China reconoció a otro niño llamado Gyancain Norbu al XI Panchen Lama, utilizando para ello un antiguo método que consiste en escribir los nombres de los presuntos candidatos sobre granos de cebada, introducirlos en una urna consagrada de oro y extrayendo uno de ellos. Situación similar se presentó con el reconocimiento del decimoséptimo Karmapa, cabeza de la escuela Karma Kagyu. Además, las autoridades chinas fueron acusadas de apoyar a una escuela tibetana que venera a Dorje Shugden, una práctica largamente condenada por los Dalai Lama. En marzo de 2006 las autoridades condenaron un ataque sobre tal ídolo en un monasterio, acusando a quienes apoyan al Dalai Lama de fomentar el descontento.

El valor estratégico de la región

Por más de 1,000 años el control de las regiones periféricas de China ha sido clave para la defensa de las tierras centrales (*heartland*). Estas tierras centrales emergieron muchos años antes como resultado de cuatro procesos de carácter histórico-político: a) la creación de un Estado unitario en el año 221 a. n. e (dinastía Qin); b) la emergencia de las principales instituciones de la China imperial durante la dinastía Han anterior (206 a. n. e. -24) y la concurrente extensión del control político y militar del régimen chino centralizado sobre la mayor parte de las tierras centrales; c) la subsecuente ocupación y colonización de las tierras centrales a través de una gradual migración de chinos del norte hacia el sur, este y sudoeste hasta los océanos, las planicies altas de Asia central y las junglas del sudeste de Asia. Proceso que tomó más de 1,000 años, desde la dinastía Han posterior (25 a. d. e. -220) hasta la dinastía Ming (1368-1644); d) la aceptación gradual por parte de la población total de las regiones centrales de China, de los conceptos fundamentales del confucianis-

Chökyi Gyaltsen fue considerado como tercer Panchen Lama al ser el tercero en la lista de reencarnaciones de los abades del monasterio Tashilhunpo. (<http://www.britannica.com/ebchecked/topic/440952/panchen-lama>) y (http://es.wikipedia.org/wiki/panchen_lama) (16/06/09).

mo como base para ordenar las relaciones sociales, proceso que inició desde la dinastía Han anterior (Swaine, 2000: 24).

Históricamente, la defensa de las tierras centrales de China ha requerido de grandes esfuerzos por parte del Estado chino para directa o indirectamente controlar, influenciar o neutralizar la gran zona periférica que la rodea (Swaine, 2000: 24). Durante prácticamente toda la era imperial (desde la dinastía Han hasta mediados del siglo XIX, cuando la dinastía Qing entró en contacto con las potencias imperialistas occidentales) esta región periférica en un principio abarcó largas extensiones de tierra a lo largo de las fronteras del norte y del noroeste que incluyen los actuales Xinjiang, Mongolia Interior y Mongolia Exterior, Tíbet, y el noreste (la ex Manchuria que incluye las actuales provincias de Liaoning, Heilongjiang y Jilin).

La parte norte del actual Sudeste de Asia y la península coreana fueron sólo intermitentemente consideradas como parte de la periferia estratégica de China durante la era imperial, lo mismo que la regiones del océano adyacente a China, las costas este y sudeste, la isla de Hainan, Taiwán, Japón y el lejano oeste ruso tuvieron un valor estratégico sólo al final de la era imperial durante la dinastía Qing. A lo largo de la mayor parte de la historia de China, la pacificación o el control de esta periferia fue comúnmente considerada esencial para prevenir ataques sobre las tierras centrales (Swaine, 2000: 24).

El valor estratégico del Tíbet se ha reflejado en la relación entre China y la India, herencia a su vez del pasado colonial de Asia. Para estos dos grandes países de Asia, la región del Himalaya que comparten históricamente, ha sido motivo de encuentros y desencuentros. En la época moderna los gobernantes británicos de la India habían atribuido al Tíbet una función de región amortiguadora (*buffer region*) entre China e India (Rathold, 2009: 86), llegando incluso a intentar dotarla de un estatus legal de independencia por medio de la firma de tratados con un muy escaso reconocimiento internacional, como se ha señalado líneas arriba.

La independencia de la India y el establecimiento de la República Popular China propiciaron un gran acercamiento, en principio, por los antecedentes coloniales de ambos países. Sin embargo, en la práctica el estatus del Tíbet y la delimitación de fronteras entre China-India surgieron naturalmente como puntos de conflicto (Chen, 2006: 80-89). En cuanto al Tíbet, Nehru, el artífice de la política exterior de la India y ejecutor de la misma durante 17 años, consideraba que la India tenía ciertos intereses “culturales” y “sentimentales” en el Tíbet, “debido a miles de años de íntima relación entre ellos, así como

por el hecho de que la cultura tibetana había sido influida por la hindú” (Ross, 2006: 98). Sin embargo, en el caso de China la influencia cultural no ha sido menos intensa; además, las relaciones de poder entre China y el Tíbet durante varios siglos es un ingrediente adicional determinante en la redefinición de su estatus, en esta nueva etapa de descolonización a la que tanto China como la India se estaban adaptando. Hasta antes de 1949, la India se refería al Tíbet como un país independiente, perspectiva que cambió desde que el Partido Comunista tomó el poder en China e insistió en que el Tíbet era parte de su territorio (Chen, 2006: 54-101).

Ante esta circunstancia, Nerhu consideró que el reconocimiento de la soberanía de China sobre el Tíbet, con la condición de otorgarle la autonomía a este último, era una buena opción tanto para el Tíbet como para India, ya que la región seguiría manteniendo su carácter de amortiguador entre ambos países (Ross, 2006: 98-100). Sin embargo, las relaciones entre India y China se vieron perturbadas cuando los líderes chinos declararon públicamente su intención de liberar el Tíbet. Ello implicaba el pleno ejercicio de la soberanía por parte de China y una autonomía muy limitada contraria al concepto de semiindependencia que concebían los líderes de la India. Esto se reflejó en el retiro de los servicios de correos y telégrafos que India administraba en el Tíbet como herencia del imperio Británico.

En octubre de 1950 las tropas chinas arribaron a la región e India protestó ante China por este hecho. El Dalai Lama intentó llevar la cuestión del Tíbet a las Naciones Unidas, pero fue persuadido de no hacerlo por las grandes potencias. Finalmente, el 23 de mayo de 1951 se logró un acuerdo entre los líderes de China y el Tíbet, por el cual se reconocía la total soberanía de China sobre el Tíbet, con una limitada autonomía tibetana en ciertos asuntos. La perspectiva de la India de una total autonomía del Tíbet en el contexto de un protectorado chino (*suzerainty*) no fue posible. El acuerdo estipulaba la “autonomía tibetana”, pero consideraba que China se haría cargo de las relaciones exteriores del Tíbet; el ejército chino se asentaría en el Tíbet para su defensa; se otorgaba la libertad religiosa y el respeto al Dalai Lama; además, China cooperaría en el desarrollo del Tíbet. Sobre estas bases, en realidad el Tíbet se convertía en territorio de China (Rathold, 2009: 146 y 147).

Desde entonces el Tíbet ha sido una pieza importante en el juego y en los contrapesos de las relaciones alrededor de los Himalayas entre China e India, incluyendo las disputas territoriales, las percepciones erróneas sobre el Tíbet y el rechazo de China a reconocer Sikkim como parte de la India mientras esta

última no reconozca la plena soberanía de China sobre el Tíbet. Las relaciones con Nepal y Bután también han formado parte del equilibrio político-estratégico de la región (Hoffmann, 2006: 165-194). Sin embargo, este tipo de relaciones, herencia del pasado colonial, han ido perdiendo importancia real en la era de la globalización. En una época en que India y China se están adaptando a la lógica del flujo comercial y al movimiento de personas a través de sus fronteras, tiene poco sentido mantener a los Himalayas en un estado de permanente tensión política. La cooperación en esta región es la respuesta obligada para este tiempo.

Como parte de esta estrategia de globalización del Tíbet, China está buscando establecer lazos económicos entre el Tíbet y sus regiones aledañas. Se buscan la inversión extranjera y el flujo turístico para estimular la prosperidad económica del Tíbet. India ahora tiene una buena oportunidad para restaurar sus lazos históricos con el Tíbet, no como un asunto de derechos adquiridos sino como un producto real de la expansión comercial y los contactos pueblo-pueblo (Mohan, 2003: 170 y 171).

La teocracia del Tíbet

Como es conocido, Tenzin Gyatso es el actual Dalai Lama. Él pertenece a la escuela Sakya (de los gorros amarillos) que, como se ha explicado anteriormente, a mediados del siglo XVII se hizo del poder político del Tíbet después de muchos años de luchas e intrigas frente a otras corrientes del budismo tibetano, y frente a la propia aristocracia tibetana que posteriormente sería abolida. El control del gobierno tibetano lo mantuvo la escuela Sakya —en momentos más formal que real— hasta mediados del siglo XX cuando el ejército del gobierno central de China ocupó el Tíbet para restablecer su soberanía sobre esta provincia y delimitar en la práctica las fronteras de lo que hoy es la República Popular de China.

Durante décadas se ha cultivado la figura del Dalai Lama como alguien bondadoso, no interesado por las cuestiones materiales; un ser espiritual y pacifista. En 1989 le fue conferido el Premio Nobel de la Paz, y cuenta entre sus seguidores a celebridades del cine y de las finanzas. Sin entrar en una discusión sobre las virtudes que se le atribuyen al actual Dalai Lama, el hecho es que él, además de ser jefe de una escuela budista, es el jefe de un “gobierno en el exilio” que ha intentado recuperar el poder en la región del Tíbet. En nume-

rosos documentos desclasificados por la CIA (disponibles en Internet), desde hace algunos años ha quedado de manifiesto que entre 1959 y 1972 recibió armamento, apoyo logístico y económico para su lucha por la independencia y el restablecimiento de un Estado teocrático en el Tíbet (Conboy, 2002; Dunham, 2004; Bennett, 2008; Chen, 2006). Desde que la vía armada perdió toda posibilidad de éxito, los seguidores del Dalai Lama de dentro y fuera de China han venido trabajando intensamente en el campo de las relaciones públicas a nivel internacional, con el fin de recuperar el poder en el Tíbet.

Tanto el Dalai Lama como sus seguidores divulgan la idea de que el Tíbet era un paraíso sobre la Tierra antes de la llegada del “infierno comunista”. Pero la realidad es que antes de la Revolución china de 1949 el Tíbet era una sociedad muy atrasada, feudal, dividida entre una inmensa mayoría de siervos y una minúscula minoría de aristócratas feudales y clero budista. Los siervos estaban obligados a entregar hasta 70% de su cosecha a sus amos, y a pagar una parte considerable de sus ingresos a los monasterios.

La Revolución china de 1949 trajo consigo un cambio radical: se abolió la servidumbre, se han construido carreteras, escuelas y hospitales que están transformando las condiciones de vida de los tibetanos. Lo irónico es que ahora el Dalai Lama y su “gobierno en el exilio” se presentan como los defensores de la democracia y la libertad. El Dalai y su gobierno en el exilio han abandonado su reivindicación original de independencia, aunque varios grupos de tibetanos en el exterior siguen manteniendo esta postura. Ahora el Dalai se refiere más bien a la negociación de un estatus de autonomía con el gobierno central de China. De hecho, lo que pretenden son espacios de poder real dentro del gobierno del Tíbet.

La solución de los problemas del pueblo tibetano no está en la independencia. Un Tíbet independiente sólo terminaría siendo un satélite de las potencias occidentales, como ha sucedido a lo largo de la historia del Tíbet y como sucede ahora en el caso de la independencia de países pequeños como Albania, Kosovo o Georgia. La solución tampoco está en el regreso al gobierno de los lamas, sino en reafirmar un gobierno laico que defienda la separación entre la Iglesia y el Estado, y la tolerancia religiosa propia de toda sociedad moderna. La alternativa del Tíbet está en elevar sus niveles de educación formal, incorporarse plenamente al desarrollo de China y luchar con el resto de los chinos por una mayor justicia social y por un desarrollo más equilibrado.

Las actuales negociaciones sobre el Tíbet

El estatus político del Tíbet es el centro de la disputa de esta región. Ésta, como se ha señalado anteriormente, tiene amplias raíces históricas. Aunque la fase actual corresponde al momento en que el poder político y la reorganización del país fue restablecida por parte del Partido Comunista de China en 1949, después de más de un siglo de desórdenes internos e intervenciones extranjeras que convirtieron a China en una semicolonia.

Las contradicciones principales se dan entre el poder central de China y los tibetanos en el exterior, cuya cabeza visible es el Dalai Lama. Beijing argumenta que históricamente el Tíbet ha sido una parte inalienable de China. Dharamsala y sus seguidores de dentro y fuera de China consideran que históricamente el Tíbet ha sido un país independiente.⁸ Sin embargo, frente a estos extremos existe un espacio de acercamiento en el cual coinciden ambas partes, el que se refiere a la aceptación del estatus de región autónoma.

Hace unos días el primer ministro de China, Wen Jiabao, insistió en la conocida fórmula de que “El Tíbet es una parte inalienable de China y el tema relacionado con el Tíbet es un asunto interno de China, sobre el cual no deben intervenir los países extranjeros”. Las puertas para las conversaciones están abiertas si el Dalai Lama desiste de sus intentos separatistas. Por su parte, Tenzin Taklha, secretario adjunto del Dalai Lama, insiste en que los chinos deben ser “sinceros y realistas en el reconocimiento de que el Tíbet es un asunto de interés internacional”. Además Samdhong Rinpoche, primer ministro del gobierno tibetano en el exilio, manifestó:

[...] nosotros mantenemos las demandas presentadas en la octava ronda de negociaciones en Beijing;⁹ si los chinos desean reiniciar las negociaciones, entonces las demandas de los exilados de una significativa autonomía y protección para la única cultura budista del Tíbet, debe estar en primer término (*New Kerala*, 2009).

Como se puede apreciar, el punto está en el contenido de la figura de la autonomía. ¿Qué grado de autonomía sería permisible y funcional? ¿Cómo

8. Para una referencia histórica acerca de cómo han cambiado las posiciones de Gran Bretaña, India, Taiwán, China y el propio Tíbet respecto de su estatus en poco más de un siglo, y en especial en los últimos 60 años, véase Sperling, 2004.

9. Se refiere a la octava ronda de negociaciones realizadas de 2002 a 2008.

aplicarla? ¿Quién sustentaría el poder real y con base en qué mecanismos? ¿Se restablecería al Dalai Lama en el poder ejecutivo, junto con su séquito de monjes y seglares que lo ha seguido al exilio, o sería una figura simbólica donde un parlamento local y una estructura gubernamental controlada por el PCC cumplieran las funciones administrativas y tomara las decisiones fundamentales de la provincia como hasta ahora se ha realizado? ¿Cómo resolver el tema del Panchen Lama sobre el cual existe una controversia entre las autoridades de Beijing y los representantes de Dharamsala respecto de la reencarnación del Panchen Lama anterior?

Beijing no tiene prisa por resolver ahora todas estas cuestiones; el tiempo está de su parte. Por un lado, invierte grandes cantidades de recursos financieros para el desarrollo de la región en espera de que cambien las correlaciones de clase social¹⁰ y, por otro, espera a que el Dalai Lama pase a mejor vida e influir (y de ser posible decidir) sobre la elección de su sucesor con base en los acuerdos históricos.

El diálogo China-Tíbet

Hace 50 años, el 10 de marzo de 1959, los tibetanos se levantaron en contra del gobierno chino. La rebelión fracasó y como consecuencia el Dalai Lama optó por refugiarse en Dharamsala al norte de la India, donde reside hasta la actualidad. En la búsqueda de una solución al problema tibetano, se han dado una serie de encuentros entre oficiales del gobierno del Dalai y funcionarios de Beijing, mismos que hasta la fecha han sido infructuosos.

Después del periodo de gobierno de Mao Zedong, en 1979 Deng Xiaoping mostró un gesto de reconciliación hacia el Tíbet, pero debido a errores de cálculo político no se logró ningún avance. La RPC había asumido una posición segura en el Tíbet, pero las misiones de investigación expresaron los sentimientos nacionalistas de los tibetanos en la región, lo que provocó una reconsideración de Beijing sobre la bases de negociación y de este modo en 1984 se suspendió el diálogo (Rabgey y Sharlho, 2004).

En septiembre de 1988 Beijing volvió a mostrar interés en reiniciar las pláticas directas, motivado por el elevado del perfil del Dalai Lama en los

10. Aunque las contradicciones de un crecimiento económico a cualquier costo, típico del capitalismo salvaje que se ha manifestado en el resto del país, ha traído nuevos problemas sociales al Tíbet. Véase *Proceso*, 2008.

foros internacionales. En 1988, en lo que se denominó la “Propuesta de Estrasburgo”, el Dalai Lama renunció oficialmente a la independencia, a favor de la autonomía y de la unión con China. La apertura al diálogo por parte de China fue indudablemente mayor de la que había sido durante las pláticas de principios de la década. Sin embargo, la política interna de China socavó esta iniciativa. Después de la ofensiva de Tiananmén, quienes en Beijing habían promovido las pláticas fueron retirados de la política.

Durante la mayor parte de los años noventa prevaleció un implacable enfrentamiento entre las partes, alimentado tanto por la política de línea dura de Beijing hacia el Tíbet como por el liderazgo tibetano en el exilio que impidió avanzar hacia cualquier acercamiento. Sin embargo, una vez que Beijing recuperó la confianza política y las relaciones China-EUA se movieron hacia el centro de la política exterior de China, algunos en la élite política china comenzaron a reconsiderar la estrategia de aislamiento del Dalai Lama de la política tibetana. A principios de 1997 los canales directos entre Dharamsala y el liderazgo de China fueron discretamente restablecidos. Después de tres rondas de negociaciones informales, en 1998 Jiang Zemin públicamente reconoció que los contactos con el Dalai se habían restablecido. Sin embargo, unas semanas después del anuncio los canales de comunicación volvieron a romperse. La iniciativa exploratoria de Jiang fue descarrilada por la resistencia institucional al diálogo y por la rivalidad política dentro del liderazgo chino (Rabgey y Sharlho, 2004: vii-x).

La apertura china hacia el diálogo volvió a restablecerse en 2001, tras la salida de Arjia Rinpoche y el joven Karmapa (ambos importantes figuras en la élite política de la República Popular China) y la nueva postura de incluir el tema del Dalai Lama en las discusiones del Cuarto Foro de Trabajo sobre el Tíbet. Desde entonces las partes han estado de nuevo en pláticas, y delegaciones de tibetanos en el exilio han sido invitados a visitar China.

El gobierno chino y los enviados del Dalai Lama han sostenido ocho rondas de negociación desde 2002 para tratar de encontrar una solución mutuamente aceptable para el asunto del Tíbet (Rabgey y Sharlho, 2004). Prácticamente desde 1988 el Dalai Lama ha insistido en su propuesta de una “verdadera autonomía” en el marco de la soberanía china y en ocasiones ha pedido frenar toda manifestación pública antichina en todo el mundo, aunque en otros momentos las acepta ante la presión de algunos grupos de dentro y fuera del Tíbet que preconizan una lucha más frontal relacionada con la independencia.

En este momento en que acaba de pasar el 50 aniversario del levantamiento tibetano sin ningún disturbio (a diferencia de lo sucedido hace un año), ambas partes han manifestado sus deseos de continuar el diálogo. El primer ministro Wen Jiabao manifestó el pasado 13 de marzo de 2009 que las conversaciones “podrían continuar siempre que el Dalai Lama sea sincero para apoyar el diálogo que lleve a resultados esenciales”. De la misma forma Tenzin Taklha, secretario adjunto del Dalai Lama, respondió que los tibetanos estaban “aún abiertos a tener un diálogo frente a frente, si lo chinos son sinceros” (*New Kerala*, 2009).

Conclusiones

Existe una gran controversia entre el gobierno de China y los grupos que pretenden la independencia del Tíbet, respecto de las “verdades”. Aunque a mi juicio la historia se ha utilizado para justificar una determinada circunstancia política, en el caso del Tíbet no es punto fundamental de la controversia. Si la historia fuera una fuente del derecho, el mundo tendría que reconfigurarse de manera totalmente diferente de como la conocemos ahora. Más aún, los derechos históricos sobre el grado de autonomía y de independencia no son el punto más relevante de la discusión. Si así lo fuera, numerosas regiones que ahora forman parte de los países en cualquier continente podrían apelar a la independencia o la secesión argumentando que en alguna etapa de la historia fueron zonas autónomas o independientes o que pertenecieron a otro país y fueron arrebatados por la fuerza. El punto clave está en que dichas regiones (Estados, provincias o regiones más o menos amplias) dejaron de ser independientes o autónomas en función de proyectos integradores de carácter nacional (en el sentido de Estado-nación), o fueron separadas de los países originarios en función del poder de otros países más poderosos con una clara política colonial o expansionista.

La historia en el caso del Tíbet nos ayuda a entender cómo fue que una clase teocrática se hizo del poder dentro de esta región, desplazando a la aristocracia local, y cómo logró el reconocimiento del poder central en Asia, o sea de China. Durante cientos de años el Tíbet fue un reino independiente que luchó contra sus vecinos por la supremacía de la región de las mesetas al este del Himalaya y la Ruta de la Seda, llegando incluso a enfrentarse a los ejércitos chinos. Sin embargo, el Tíbet ha sido parte de China desde la dinastía Yuan (1271-1368), de origen mongol, pero cuyo centro de poder estuvo en Beijing.

Al gobernar China, los emperadores mongoles absorbieron totalmente su cultura y el sistema político-administrativo. Durante ese periodo el rey del Tíbet, Songsten Gampo, se casó con la princesa china Wen Cheng, quien tuvo una gran influencia sobre el Tíbet. Durante esa dinastía el gobierno implementó un registro residencial, recaudó impuestos e impuso obligaciones de trabajos públicos a la población. La dinastía Ming (1368-1644), que reemplazó a la dinastía Yuan, mantuvo el control político y administrativo sobre la totalidad del imperio, incluyendo al Tíbet.

Durante la dinastía Qing (1644-1911), de origen manchú, continuó el control sobre el Tíbet. En ocasiones el ejército Qing tuvo que acudir al Tíbet para resolver conflictos internos. Como parte de un gran impulso mundial de colonización llevada a cabo por las grandes potencias (sobre todo europeas) Asia, África y América Latina se convirtieron en colonias de hecho y de derecho. En este contexto China se convirtió en una semicolonias, repartida en zonas de influencia de las grandes potencias, incluyendo las regiones fronterizas, algunas de las cuales intentaron ser desmembradas ante el caos interno, la debilidad del régimen y la carencia de soberanía de hecho aunque no de derecho.

El Tíbet durante muchos años fue una región políticamente inestable: zona de rapiña y de controversia internacional originada por el interés de las grandes potencias por ocuparla o por convertirla en su zona de influencia, apelando a una independencia ficticia, para convertirla de hecho en una zona dependiente de los centros de poder hegemónico, ya sea británico o estadounidense. En el Tíbet una corriente eclesiástica budista que durante 450 años retuvo las riendas del gobierno y la administración de los asuntos civiles con el reconocimiento, y muchas veces con el apoyo de las autoridades centrales de Beijing, ha demandado la restitución del poder político. A nivel nacional, el poder central de China, una vez restablecida la unidad interna y definida la preeminencia de una clase política en el poder, hizo prevalecer su soberanía sobre la provincia autónoma del Tíbet, ocupándola militarmente.

En la actualidad el Tíbet es parte de China. Ello por decisión interna y soberana de este país, así como por el reconocimiento del sistema internacional y el poder que tiene China para hacer valer el límite de sus fronteras. Si bien la solución del Tíbet es un asunto interno de China, asimismo es un tema de carácter internacional por las repercusiones que tiene más allá de sus fronteras y por el involucramiento de sectores políticos y sociales de países extranjeros.

Los grupos independentistas de dentro y fuera de China, así como los budistas pro tibetanos diseminados por el planeta, han desplegado una gran campaña propagandística con base en los atributos de bondad, pacifismo, democracia y libertad del Dalai Lama. Con esta estrategia pretenden ocultar el centro del problema, que es el ejercicio del poder en el Tíbet. Las opciones están, por una parte, en consolidar un gobierno laico y, por otra, en aceptar que una teocracia budista gobierne la región.

En cuanto a las negociaciones actuales, el factor tiempo es importante para ello. Las autoridades de Beijing están jugando esta carta. Cuando falte el Dalai Lama, y de acuerdo con la costumbre, Beijing tendrá posibilidades de influir en la elección de su sucesor que, de acuerdo con la tradición budista, sería un infante. En síntesis, el estatus formal del Tíbet está definido: esta región forma parte de China. Sin embargo, falta encontrar una fórmula de convivencia social que implica satisfacer a ciertos sectores budistas relacionados con el Dalai Lama sin cederles el poder. 

Referencias bibliográficas

- Anónimo (2006) *The Territories of the People's Republic of China*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Bennett, M. Richard (2008) "Tibet, the 'great game' and the CIA", *Global Research, Asia Times*, marzo 25. (<http://www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=8442>) (23/06/09).
- Bristow, Michael (2009) "Tíbet, una historia, dos versiones", BBC Mundo.com. (<http://newsvote.bbc.co.uk/mpapps/pagetools/print/news.bbc.uk>).
- Brzezinski, Zbigniew (1998) *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós
- Ceinos, Pedro (2006) *Historia breve de China*. Alcalá y Madrid: Sílex Ediciones.
- Chen, Jian (2006) "The Tibetan Rebellion of 1959 and China's Changing Relations with India and the Soviet Union", *Journal of Cold War Studies*, verano, vol. 8, núm. 3, pp. 54-101.
- Conboy, Kenneth J., y James Morrison (2002) *The CIA's secret war in Tibet*, *Modern War Studies*. Lawrence: University Press of Kansas.
- Dougherty, E. James, y Robert Pfaltzgraff L. (1993) *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

- Dunham, Mikel (2004) *Buddha's warriors: the story of the CIA-backed Tibetan freedom fighters, the Chinese invasion, and the ultimate fall of Tibet*. Nueva York: J. P. Tarcher.
- Fairbank, John King (1986) *Historia de China. Siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2003) *China, una nueva historia*. Barcelona: Andrés Bello.
- Goldstein, C. Melvyn, y Gelek Rimpoche (1991) *A history of modern Tibet, 1913-1951*. California: University of California Press.
- Hoffmann, A. Steven (2006) "Rethinking the Linkage between Tibet and the China-India Border Conflict: A Realist Approach", *Journal of Cold War Studies*, verano, vol. 8, núm. 3, pp. 165-194.
- Klare T. Michael (2006) "Containing China: The US's real objective", *Asia Times Online*. (www.atimes.com/atimes/china/hd20ad01.html).
- McKay, Alex (2003) *The History of Tibet*. Londres y New York: Routledge/Curzon.
- Mohan, C. Raja (2003) *Crossing the Rubicon. The Shaping of India's New Foreign Policy*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- New Kerala (2009) "China ready for dialogue over Tibet, says Wen", *New Kerala, India*. (<http://newkerala.com/nkfullnews-1-2861.html>) (13/02/2009).
- Palace, Wendy (2005) *The British Empire and Tibet, 1900-1922*. Londres y Nueva York: Routledge/Curzon Studies in the Modern History of Asia.
- Peattie, R. Mark (1993) "The Japanese Colonial Empire, 1895-1945", *The History of Japan*, vol. 6, The Twentieth Century. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rabgey, Tashi, y Tseten Wangchuk Sharlho (2004) *Sino-Tibetan Dialogue in the Post-Mao Era: Lessons and Prospects*. Washington: East-West Center. (<http://www.eastwestcenterwashington.org>).
- Rathod, P. B. (2009) *Foreign Policy of India*. Nueva Delhi: Commonwealth Publishers.
- Reischauer, Adwin O. (1991) *The Japanese Today*. Tokio: Charles E. Tuttle Company, pp. 64-86.
- Ross, S. Robert, y Alastair Lain Johnston (2006) *New Directions in the Study of China's Foreign Policy*. Stanford: Stanford University Press.
- Sperling, Elliot (2004) *The Tibet-China Conflict: History and Polemics*. Washington: East-West Center. (<http://www.eastwestcenterwashington.org>).
- Swaine, Michael D. (2000) *Interpreting China's Grand Strategy: Past, Present & Future*. Santa Mónica, California: Rand Corporation.

- Varios autores (2008) "China, Beijing 2008", *Proceso*, edición especial, núm. 22, México.
- Wikipedia (s/f) *Historia del Tíbet*. (http://es.wikipedia.org/wiki/historia_del_tibet) (26/05/2008).
- Wong, R. Bin (1997) *China Transformed. Historical Change and the Limits of European Experience*, Cornell University Press, pp. 153-177.
- Zorgbibe, Charles (1997) "La riada internacional hacia China", *Historia de las relaciones internacionales*, tomo I. Madrid: Alianza Editorial, pp. 142-159.